hay medio que las divida. Andan el pesar y el placer tan apareados, que es simple el triste que se desespera, y el alegre que se confia, como lo da fácilmente á entender este extraño suceso. Se[redacted]

al través. Salió infinita gente á verlo. y certificándose ser navío, lo dixéron al rey Policarpo, que era el señor de aquella ciudad, el qual acompañado de muchos, y de sus dos hermosas hijas, Policarpa y Sinforosa, salió tambien, y ordenó que con cabestrantes, con tornos y con barcas, con que hizo rodear toda la nave, la tirasen y encaminasen al puerto. Saltáron algunos encima del buco, y dixéron al rey que dentro de él sonaban golpes, y aun casi se oían voces de vivos. Un anciano caballero, que se halló junto al rey le dixo: yo me acuerdo, señor, haber visto en el mar Mediterráneo, en la ribera de Génova, una galera de España, que por hacer el cur con la vela se volcó, como está ahora este baxel, quedando la gabia en la arena, y la quilla al cielo, y ántes que la volviesen ó enderezasen (habiendo primero oído rumor como en este se oye) aserráron el baxel por la quilla, haciendo un buco capaz de ver lo que dentro estaba, y el entrar la luz den-

tro, y el salir por él el capitan de la misma galera, y otros quatro compañeros suyos fué todo uno. Yo ví esto, y está escrito este caso en muchas historias españolas, y aun podria ser viniesen agora las personas que segunda vez naciéron al mundo del vientre de esta galera; y si aquí sucediese lo mismo, no se ha de tener á milagro, sino á misterio: que los milagros suceden fuera del órden de la naturaleza, y los misterios son aquellos que parecen milagros y no lo son, sino casos que acontecen raras veces. Pues á qué aguardamos, dixo el rey: siérrese luego el buco, y veamos este misterio, que si este vientre vomita vivos, yo lo tendré por milagro. Grande fué la priesa que se diéron á serrar el baxel, y grande el deseo que todos tenian de ver el parto. Abrióse, en fin, una gran concavidad, que descubrió muertos, y vivos que lo parecian. Metió uno el brazo, y asió de una doncella, que el palpitarle el corazon daba señales de tener vida: otros hiciéron lo mis-

mo, y cada uno sacó su presa, y algunos pensando sacar vivos, sacaban muertos, que no todas veces los pescadores son dichosos. Finalmente, dándoles el ayre la luz á los medios vivos, respiráron, y cobráron aliento: limpiáronse los rostros, fregáronse los ojos, estiráron los brazos, y como quien despierta de un pesado sueño, miráron á todas partes, y hallóse Auristela en los brazos de Arnaldo, Transila en los de Clodio, Ricla y Constanza en los de Rutilio, Antonio el padre, y Antonio el hijo en los de ninguno, porque se salió por sí mismo, y lo mismo hizo Mauricio. Arnaldo quedó mas atónito y suspenso que los resucitados, y mas muerto que los muertos. Miróle Auristela, y no conociéndole, la primera palabra que le dixo fué, que ella fué la primera que rompió el silencio de todos: ¿Por ventura, hermano mio, está entre esta gente la bellísima Sinforosa? Santos cielos! ¿qué es esto, dixo entre sí Arnaldo, qué memorias de Sinforosa son estas, en tiempo que

..... hallose Auristela en los brazos de Arnaldo.....

J. Carrand dd.

N. Ldo gr.

no es razon que se tenga acuerdo de otra cosa, que de dar gracias al cielo por las recibidas mercedes? pero con todo esto la respondió, y dixo, que sí estaba: y le preguntó, qué como la conocia, porque Arnaldo ignoraba lo que Auristela con el capitan del navío, que le contó los triunfos de Periandro, habia pasado, y no pudo alcanzar la causa por la qual Auristela preguntaba por Sinforosa; que si la alçanzara, quizá dixera que la fuerza de los zelos es tan poderosa y tan sutil, que se entra y mezcla con el cuchillo de la misma muerte, y va á buscar al alma enamorados en los últimos trances de la vida. Y despues que pasó algun tanto el pavor en los resucitados, que así pueden llamarse, y la admiracion en los vivos que los sacáron, y el discurso en todos dió lugar á la razon, confusamente unos á otros se preguntaban: ¿cómo los de la tierra estaban allí, y los del navío venian allí? Policarpo en esto, viendo que el navío al abrirle la boca se le habia llenado

de agua, en el lugar de ayre que tenia, mandó llevarle ajorro al puerto, y que con artificios le sacasen á tierra, lo qual se hizo con mucha presteza. Saliéron asímismo á tierra toda la gente que ocupaba la quilla del navío, que fuéron recibidos del rey Policarpo y de sus hijas, y de todos los principales ciudadanos con tanto gusto, como admiracion; pero lo que mas les puso en ella, principalmente á Sinforosa, fué ver la incomparable hermosura de Auristela. Fué tambien á la parte de esta admiracion la belleza de Transila, y el gallardo y nuevo trage, pocos años, y gallardía de la bárbara Constanza, de quien no desdecia el buen parecer y donayre de Ricla su madre: y por estar la ciudad cerca, sin prevenirse de quien los llevase, fuéron todos á pie á ella. Ya en este tiempo habia llegado Periandro á hablar á su hermana Auristela, Ladislao á Transila, y el bárbaro padre á su muger y á su hija, y los unos á los otros se fuéron dando cuenta de sus sucesos: solo Auristela,

ocupada toda en mirar á Sinforosa, callaba; pero en fin habló á Periandro, y le dixo: ¿por ventura, hermano, esta hermosísima doncella que aquí va, es Sinforosa, la hija del rey Policarco? Ella es, respondió Periandro, sugeto donde tienen su asiento la belleza y la cortesía. Muy cortés debe de ser, respondió Auristela, porque es muy hermosa. Aunque no lo fuera tanto, respondió Periandro, las obligaciones que yo la tengo me obligaran (¡ó querida hermana mia!) á que me lo pareciera. Si por obligaciones va, y vos por ellas encareceis hermosuras, la mia os ha de parecer la mayor de la tierra, segun os tengo obligado. Con las cosas divinas, replicó Periandro, no se han de comparar las humanas; las hipérboles y alabanzas, por mas que lo sean, han de parar en puntos limitados. Decir que una muger es mas hermosa que un ángel, es encarecimiento de cortesía, pero no de obligacion: sola en tí, dulcísima hermana mia, se quiebran reglas, y cobran fuerzas de verdad los encare-

cimientos que se dan á tu hermosura. Si mis trabajos y mis desasosiegos, ó hermano mio, no turbaran la mia, quizá creyera ser verdaderas las alabanzas que de ella dices; pero yo espero en los piadosos cielos, que algun dia ha de reducir á sosiego mi desasosiego, y á bonanza mi tormenta; y en este entretanto con el encarecimiento que puedo te suplico que no te quiten, ni borren de la memoria lo que me debes, otras agenas hermoruras, ni otras obligaciones; que en la mia, y en las mias podrás satisfacer el deseo, y llenar el vacío de tu voluntad, si miras que juntando la belleza de mi cuerpo, tal qual ella es, á la de mi alma, hallarás un compuesto de hermosura, que te satisfaga. Confuso iba Periandro, oyendo las razones de Auristela: juzgábala zelosa, cosa nueva para él, por tener por larga experiencia conocido que la discrecion de Auristela jamas se atrevió á salir de los límites de la honestidad, jamas su lengua se movió á declarar sino honestos y castos pensa-

mientos, jamas le dixo palabra que no fuese digna de decirse á un hermano en público y en secreto. Iba Arnaldo envidioso de Periandro, Ladislao alegre con su esposa Transila, Mauricio con su hija y yerno, Antonio el grande con su muger y hijos, Rutilio con el hallazgo de todos, y el maldiciente Clodio con la ocasion que se le ofrecia contar, donde quiera que se hallase, la grandeza de tan extraño suceso. Llegáron á la ciudad, y el liberal Policarpo honró á sus huéspedes real y magníficamente, y á todos los mandó alojar en su palacio, aventajándose en el tratamiento de Arnaldo, que ya sabia que era el heredero de Dinamarca, y que los amores de Auristela le habian sacado de su reyno: y así como vió la belleza de Auristela, halló su peregrinacion en el pecho de Policarpo disculpa. Casi en su mismo quarto Policarpa y Sinforosa alojáron á Auristela, de la qual no quitaba la vista Sinforosa, dando gracias al cielo de haberla hecho, no amante, sino her-

mana de Periandro: y así por su extremada belleza, como por el parentesco tan estrecho que con Periandro tenia, la adoraba, y no sabia un punto desviarse de ella. Desmenuzábale sus facciones, notábale las palabras, ponderaba su donayre: hasta el sonido y órgano de la voz le daba gusto. Auristela casi por el mismo modo, y con los mismos afectos miraba á Sinforosa, aunque en las dos eran diferentes las intenciones. Auristela miraba con zelos, y Sinforosa con sencilla benevolencia. Algunos dias estuviéron en la ciudad descansando de los trabajos pasados: y dando traza de volver Arnaldo á Dinanarca, ó adonde Auristela y Periandro quisieran, mostrando, como siempre lo mostraba, no tener otra voluntad que la de los dos hermanos. Clodio que con ociosidad y vista curiosa habia mirado los movimientos de Arnaldo, y quan oprimido le tenia el cuello el amoroso yugo, un dia en que se halló solo con él le dixo: yo que siempre los vicios de los príncipes he

reprehendido en público, sin guardar el debido decoro que á su grandeza se debe, sin temer el daño que nace del decir mal, quiero agora sin tu licencia decirte en secreto lo que te suplico con paciencia me escuches, que lo que se dice aconsejando, en la intencion halla disculpa lo que no agrada. Confuso estaba Arnaldo, no sabiendo en qué iban á parar las prevenciones del razonamiento de Clodio, y por saberlo determinó de escuchalle, y así le dixo que dixese lo que quisiese, y Clodio con este salvo conducto prosiguió diciendo: tú, señor, amas á Auristela: mal dixe amas, adoras dixera mejor: y segun he sabido, no sabes mas de su hacienda, ni de quien es, que aquello que ella ha querido decirte, que no te ha dicho nada. Hasla tenido en tu poder mas de dos años, en los quales has hecho, segun se ha de creer, las diligencirs posibles pòr enternecer su dureza, amansar su rigor, y rendir su voluntad á la tuya por los medios honestísimos y eficaces

del matrimonio: y en la misma entereza se está hoy que el primer dia que la solicitaste: de donde arguyo, que quanto á tí te sobra de paciencia, le falta á ella de conocimiento: y has de considerar que algun gran misterio encierra, desechar una muger un reyno y un príncipe que merece ser amado. Misterio tambien encierra, ver una doncella vagabunda, llena de recato de encubrir su linage, acompañada de un mozo (que como dice que lo es, podria no ser su hermano) de tierra en tierra, de isla en isla, sujeta á las inclemencias del cielo, y á las borrascas de la tierra, que suelen ser peores que las del mar alborotado. De los bienes que reparten los cielos entre los mortales, los que mas se han de estimar son los de la honra, á quien se posponen los de la vida: los gustos de los discretos hanse de medir con la razon, y no con los mismos gustos. Aquí llegaba Clodio, mostrando querer proseguir con un filosófico y grande razonamiento, quando entró Periandro, y le

hizo callar con su llegada á pesar de su deseo, y aun del de Arnaldo, que quisiera escucharle. Entráron asímismo Mauricio, Ladislao y Transila, y con ellos Auristela arrimada al hombro de Sinforosa mal dispuesta, de modo que fué menester llevarla al lecho, causando con su enfermedad tales sobresaltos y temores en los pechos de Periandro y Arnaldo, que á no encubrillos con discrecion, tambien tuvieran necesidad de los médicos como Auristela.

## CAPITULO III.

### *Sinforosa cuenta sus amores á Auristela*

Apénas supo Policarpo la indisposicion de Auristela, quando mandó llamar sus médicos que la visitasen: y como los pulsos son lenguas que declaran la

pero ántes que ellos conoció su enfermedad Periandro, y Arnaldo la entendió en parte, y Clodio mejor que todos. Ordenáron los médicos, que en ninguna manera la dexaran sola, y que procurasen entretenerla y divertirla con música, si ella quisiese, ó con otros algunos alegres entretenimientos. Tomó Sinforosa á su cargo su salud, y ofrecióle su compañía á todas horas: ofrecimiento no de mucho gusto para Auristela, porque quisiera no tener tan á la vista la causa que pensaba ser de su enfermedad, de la qual no pensaba sanar, porque estaba determinada de no decilla, que su honestidad le ataba la lengua, su valor se oponia á su deseo. Finalmente despejáron todos la estancia donde estaba, y quedáronse solas con ella Sinforosa y Policarpa, á quien con ocasion bastante despidió Sinforosa: y apénas se vió sola con Auristela, quando poniendo su boca con la suya, y apretándole reciamente las manos, con ardientes suspiros pareció que queria trasladar su alma en el cuerpo

de Auristela, afectos que de nuevo la turbáron; y así le dixo: ¿que es esto, señora mia, que estas muestras me dan á entender que estais mas enferma que yo, y mas lastimada el alma que la mia? mirad si os puedo servir en algo, que para hacerlo, aunque está la carne enferma, tengo sana la voluntad. Dulce amiga mia, respondió Sinforosa, quanto puedo agradezco tu ofrecimiento, y con la misma voluntad con que te obligas te respondo, sin que en esta parte tengan alguna comedimientos fingidos, ni tibias obligaciones. Yo, hermana mia, que con este nombre has de ser llamada, en tanto que la vida me durare, amo, quiero bien, adoro, ¿díxelo? no, que la vergüenza, y el ser quien soy son mordazas de mi lengua; ¿pero tengo de morir callando? ¿ha de sanar mi enfermedad por milagro? ¿es por ventura capaz de palabras el silencio? ¿han de tener dos recatados y vergonzosos ojos virtud y fuerzas para declarar los pensamientos infinitos de una alma enamo-

rada? Esto iba diciendo Sinforosa con tantas lágrimas, y con tantos suspiros, que moviéron á Auristela á enjugalle los ojos, y á abrazarla, y á decirla: no se te mueran, ó apasionada señora, las palabras en la boca, despide de tí por algun pequeño espacio la confusion y el empacho, y hazme tu secretaria: que los males comunicados, si no alcanzan sanidad, alcanzan alivio. Si tu pasion es amorosa, como lo imagino, sin duda bien sé que eres de carne, aunque pareces de alabastro: y bien sé que nuestras almas estan siempre en continuo movimiento, sin que puedan dexar de estar atentas á querer bien á algun sugeto á quien las estrellas las inclinan; que no se ha de decir que las fuerzan. Dime, señora, ¿á quién quieres, á quién amas, y á quién adoras? que como no dés en el disparate de amar á un toro, ni en el que dió el que adoró el plátano, como sea hombre el que segun tú dices adoras, no me causará espanto ni maravilla. Muger soy como tú, mis de-

seos tengo, y hasta ahora por honra del alma no me han salido á la boca, que bien pudieran, como señales de la calentura; pero al fin habrán de romper por inconvenientes y por imposibles, y siquiera en mi testamento procuraré que se sepa la causa de mi muerte. Estábala mirando Sinforosa, cada palabra que decia la estimaba como si fuera sentencia salida de la boca de un oráculo. ¡Ay, señora! dixo, y cómo creo que los cielos te han traido por tan extraño rodeo, que parece milagro, á esta tierra, condolidos de mi dolor, y lastimados de mi lástima: del vientre obscuro de la nave te volviéron á la luz del mundo, para que mi obscuridad tuviese luz, y mis deseos salida de la confusion en que están. Y así por no tenerme, ni tenerte mas suspensa, sabrás que á esta isla llegó tu hermano Periandro; y sucesivamente le contó del modo que habia llegado, los triunfos que alcanzó, los contrarios que venció, y los premios que ganó, del modo que ya queda

contado. Díxole tambien como las gracias de su hermano Periandro habian despertado en ella un modo de deseo, que no llegaba á ser amor, sino benevolencia; pero que despues con la soledad y ociosidad, yendo y viniendo el pensamiento á contemplar sus gracias, el amor se le fué pintando, no como hombre particular, sino como á un príncipe, que si no lo era, merecia serlo. Esta pintura me la grabó en el alma, y yo inadvertida dexé que me la grabase, sin hacerle resistencia alguna: y así poco á poco vine á quererle, á amarle, y aun á adorarle, como he dicho. Mas dixera Sinforosa, si no volviera Policarpa deseosa de entretener á Auristela, cantando al son de una harpa que en las manos traía. Enmudeció Sinforosa, quedó perdida Auristela; pero el silencio de la una, y el perdimiento de la otra, no fuéron parte para que dexasen de prestar atentos oidos á la sin par en música Policarpa, que de esta manera comenzó á cantar en su lengua, lo que despues

dixo el bárbaro Antonio, que en la castellana decia.

Cintia, si desengaños no son parte
para cobrar la libertad perdida,
dá riendas al dolor, suelta la vida,
que no es valor, ni es honra el no quejarte.
Y el generoso ardor, que parte á parte
tiene tu libre voluntad rendida,
será de tu silencio el homicida,
quando pienses por él eternizarte.
Salga con la doliente ánima fuera
la enferma voz, que es fuerza, y es cordura
decir la lengua lo que al alma toca.
Quexándote sabrá el mundo, siquiera,
quan grande fué de amor tu calentura,
pues saliéron señales á la boca.

Ninguno como Sinforosa entendió los versos de Policarpa, la qual era sabidora de todos sus deseos; y puesto que tenia determinado de sepultarlos en las tinieblas del silencio, quiso aprovecharse del consejo de su hermana, diciendo Auristela sus pensamientos, como ya se los habia comenzado á decir. Muchas veces se quedaba Sinforosa con Auristela dando á entender, que mas por cortés, que por su gusto propio la

acompañaba. En fin, una vez, tornando á anudar la plática pasada, le dixo: óyeme otra vez, señora mia, y no te cansen mis razones, que las que me bullen en el alma, no dexan sosegar la lengua: reventaré si no las digo, y esté temor, á pesar de mi crédito, hará que sepas que muero por tu hermano, cuyas virtudes de mí conocidas, lleváron tras sí mis enamorados deseos, y sin entremeterme en saber quien son sus padres, la patria, ó riquezas, ni el punto en que le ha levantado la fortuna, solamente atiendo á la mano liberal con que la naturaleza le ha enriquecido. Por sí solo le quiero, por sí solo le amo, y por sí solo le adoro: y por tí sola. y por quien eres te suplico, que sin decir mal de mis precipitados pensamientos, me hagas el bien que pudieres. Innumerables riquezas me dexó mi madre en su muerte sin sabiduría de mi padre: hija soy de un rey, que puesto que sea por eleccion, en fin es rey: la edad ya la ves, la hermosura no se te encubre, que tal

qual es, ya que no merezca ser estimada, no merece ser aborrecida. Dame, señora, á tu hermano por esposo, daréte yo á mí misma por hermana, repartiré contigo mis riquezas, procuraré darte esposo, que despues, y aun ántes de los dias de mi padre, le elijan por rey los de este reyno; y quando esto no pueda ser, mis tesoros podrán comprar otros reynons. Teníale á Auristela de las manos Sinforosa, bañándoselas en lágrimas, en tanto que estas tiernas razones la decia: acompañábale en ellas Auristela, juzgando en sí misma quales, y quantos suelen ser los aprietos de un corazon enamorado: y aunque se le representaba en Sinforosa una enemiga, la tenia lástima, que un generoso pecho no quiere vengarse quando puede; quanto mas que Sinforosa no la habia ofendido en cosa alguna que la obligase á venganza: su culpa era la suya, sus pensamientos los mismos que ella tenia, su intencion la que á ella traía desatinada. Finalmente no podia culparla, sin que ella primero no que-

dase convencida del mismo delito. Lo que procuró apurar fué, si la habia favorecido alguna vez, aunque fuese en cosas leves, ó si con la lengua, ó con los ojos habia descubierto su amorosa voluntad á su hermano. Sinforosa la respondió que jamas habia tenido atrevimiento de alzar los ojos á mirar á Periandro, sino con el recato que á ser quien era debia, y que al paso de sus ojos habia andado el recato de su lengua. Bien creo eso, respondió Auristela; ¿pero es posible que él no ha dado muestras de quererte? Sí habrá; porque no le tengo por tan de piedra, que no le enternezca y ablande una belleza tal como la tuya: y así soy de parecer, que ántes que yo rompa esta dificultad, procures tú hablarle, dándole ocasion para ello con algun honesto favor: que tal vez los impensados favores despiertan y encienden los mas tibios y descuidados pechos, que si una vez él responde á tu deseo, seráme fácil á mí hacerle que de todo en todo le satisfaga. Todos los principios,

amiga, son dificultosos, y en los de amor dificultosísimos. No te aconsejo yo que te deshonestes, ni te precipites, que los favores que hacen las doncellas á los que aman, por castos que sean, no lo parecen, y no se ha de aventurar la honra por el gusto; pero con todo esto puede mucho la discrecion, y el amor, sutil maestro de encaminar los pensamientos, á los mas turbados ofrece lugar y coyuntura de mostrarlos sin menoscabo de su crédito.

## CAPITULO IV.

### *Donde se prosigue la historia y amores de Sinforosa.*

Atenta estaba la enamorada Sinforosa á las discretas razones de Auristela, y no respondiendo á ellas, sino volviendo á anudar las del pasado razonamiento, le dixo: mira, amiga mia y señora, hasta donde llegó el amor que engendró en mi pecho el valor que conocí en tu hermano, que hice que un

capitan de la guarda de mi padre le fuese á buscar, y le traxese por fuerza, ú de grado á mi presencia: y el navío en que se embarcó es el mismo en que tú llegaste, porque en él entre los muertos le han hallado sin vida. Así debe de ser, respondió Auristela, que él me contó gran parte de lo que tú me has dicho, de modo, que ya yo tenia noticia, aunque algo confusa de tus pensamientos: los quales, si es posible, quiero que sosiegues, hasta que se los descubras á mi hermano, ó hasta que yo tome á cargo tu remedio, que será luego que me descubras lo que con él te hubiere sucedido: que ni á tí te faltará lugar para hablarle, ni á mí tampoco. De nuevo volvió Sinforosa á agradecer á Auristela su ofrecimiento, y de nuevo volvió Auristela á tenerla lástima. En tanto que entre las dos esto pasaba, se las habia Arnaldo con Clodio, que moria por turbar, ó por deshacer los amorosos pensamientos de Arnaldo; y hallándole solo, si solo se puede hallar quien

tiene ocupada el alma de amorosos deseos, le dixo: el otro dia te dixe, señor, la poca seguridad que se puede tener de la voluble condicion de las mugeres, y que Auristela en efecto es muger, aunque parece un ángel, y que Periandro es hombre, aunque sea su hermano: y no por esto quiero decir, que engendres en tu pecho alguna mala sospecha, sino que cries algun discreto recato: y si por ventura te dieren lugar de que discurras por el camino de la razon, quiero que tal vez consideres quien eres, la soledad de tu padre, la falta que haces á tus vasallos, la contingencia en que te pones de perder tu reyno, que es la misma en que está la nave, donde falta el piloto que la gobierne. Mira que los reyes estan obligados á casarse, no con la hermosura, sino con el linage, no con la riqueza, sino con la virtud, por la obligacion que tienen de dar buenos sucesores á sus reynos. Desmengua, y apoca el respeto que se debe al príncipe el verle cojear en la sangre; y

no basta decir, que la grandeza del rey es en sí tan poderosa, que iguala consigo misma la baxeza de la muger que escogiere. El caballo y la yegua de casta generosa y conocida prometen crias de valor admirable, mas que las no conocidas y de baxa estirpe: entre la gente comun tiene lugar de mostrarse poderoso el gusto; pero no le ha de tener entre la noble. Así que (¡ó señor mio!) ó te vuelve á tu reyno, ó procura con el recato no dexar engañarte: y perdona este atrevimiento, que ya que tengo fama de maldiciente y murmurador, no la quiero tener de mal intencionado. Debaxo de tu amparo me traes, al escudo de tu valor se ampara mi vida, con tu sombra no temo las inclemencias del cielo, que ya con mejor estrella parece que va mejorando mi condicion hasta aquí depravada. Yo te agradezco (¡ó Clodio!) dixo Arnaldo, el buen consejo que me has dado; pero no consiente, ni permite el cielo que le reciba. Auristela es buena, Periandro es su hermano, y yo

no quiero creer otra cosa, porque ella ha dicho que lo es: que para mí qualquiera cosa que dixere ha de ser verdad. Yo la adoro sin disputa, que el abismo casi infinito de su hermosura lleva tras sí el de mis deseos, que no pueden parar sino en ella, y por ella he tenido, tengo y he de tener vida; así que, Clodio, no me aconsejes mas, porque tus palabras se llevarán los vientos, y mis obras te mostrarán quan vanos serán para conmigo tus consejos. Encogió los hombros Clodio, baxó la cabeza, y apartóse de su presencia con propósito de no servir mas de consejero, porque el que lo ha de ser, requiere tener tres calidades. La primera, autoridad: la segunda, prudencia; y la tercera, ser llamado. Estas revoluciones, trazas y máquinas amorosas andaban en el palacio de Policarpo, y en los pechos de los confusos amantes, Auristela zelosa, Sinforosa enamorada, Periandro turbado, Arnaldo pertinaz, y Mauricio haciendo designios de volver á su patria contra la voluntad de Tran-

sila, que no queria volver á la presencia de gente tan enemiga del buen decoro, como la de su tierra. Ladislao su esposo no osaba, ni queria contradecirla: Antonio el padre moria por verse con sus hijos y muger en España, y Rutilio en Italia su patria. Todos deseaban, pero á ninguno se le cumplian sus deseos; condicion de la naturaleza humana, que puesto que Dios la crió perfecta, nosotros por nuestra culpa la hallamos siempre falta, la qual falta siempre la ha de haber, miéntras no dexáremos de desear. Sucedió, pues, que casi de industria dió lugar Sinforosa á que Periandro se viese solo con Auristela, deseosa que se diese principio á tratar de su causa, y á la vista de su pleyto, en cuya sentencia consistia la de su vida ó muerte. Las primeras palabras que Auristela dixo á Periandro fuéron: esta nuestra peregrinacion, hermano y señor mio, tan llena de trabajos y sobresaltos, tan amenazadora de peligros, cada dia, y cada momento me hace

temer los de la muerte, y querria que diésemos traza de asegurar la vida sosegándola en una parte; y ninguna hallo tan buena como esta donde estamos, que aquí se te ofrecen riquezas en abundancia, no en promesas, sino en verdad, y muger noble y hermosísima en todo extremo, digna, no de que te ruegue como te ruega, sino de que tú la ruegues, la pidas y la procures. En tanto que Auristela esto decia, la miraba Periandro con tanta atencion, que no movia las pestañas de los ojos: corria muy apriesa con el discurso de su entendimiento para hallar donde podrian ir encaminadas aquellas razones; pero pasando adelante con ellas Auristela, le sacó de su confusion, diciendo: digo, hermano, que con este nombre te he de llamar en qualquier estado que tomes, digo que Sinforosa te adora y te quiere por esposo: dice que tiene riquezas increibles, y yo digo, que tiene creible hermosura: digo creible, porque es tal, que no ha menester que exâgeraciones la levanten, ni hipérboles la en-

grandezcan, y en lo que he echado de ver es de condicion blanda, de ingenio agudo y de proceder tan discreto como honesto. Con todo esto que te he dicho, no dexo de conocer lo mucho que mereces por ser quien eres; pero segun los casos presentes, no te estará mal esta compañía. Fuera estamos de nuestra patria, tú perseguido de tu hermano y yo de mi corta suerte: nuestro camino á Roma, quanto mas le procuramos, mas se dificulta y alarga: mi intencion no se muda, pero tiembla y no querria que entre temores y peligros me asaltase la muerte, y así pienso acabar la vida en religion, y querria que tú la acabases en buen estado. Aquí dió fin Auristela á su razonamiento y principio á unas lágrimas que descendian y borraban todo quanto habia dicho. Sacó los brazos honestamente fuera de la colcha, tendiólos por el lecho y volvió la cabeza á la parte contraria, de donde estaba Periandro: el qual viendo estos extremos y habiendo oido sus palabras, sin ser poderoso á otra cosa, se

le quitó la vista de los ojos, se le anudó la garganta y se le trabó la lengua, y dió consigo en el suelo de rodillas y arrimó la cabeza al lecho: volvió Auristela la suya, y viéndole desmayado le puso la mano en el rostro y le enjugó las lágrimas, que sin que él lo sintiese, hilo á hilo le bañaban las mexillas.

## CAPÍTULO V.

### *De lo que pasó entre el rey Policarpo y su hija Sinforosa.*

Efectos vemos en la naturaleza, de quien ignoramos las causas. Adormécense ó entorpécense á unos los dientes de ver cortar con un cuchillo un paño: tiembla tal vez un hombre de un raton, y yo le he visto temblar de ver cortar un rábano, y á otro le he visto levantarse de una mesa de respeto por ver poner unas aceytunas. Si se pregunta la causa, no hay saber decirla: y los que mas piensan que aciertan á decirla, es decir, que las estrellas tienen cierta an-

tipatía con la complexîon de aquel hombre, que le inclina, ó mueve á hacer aquellas acciones, temores y espantos, viendo las cosas sobredichas y otras semejantes, que á cada paso vemos, una de las definiciones del hombre, es decir, que es animal risible, porque solo el hombre se rie y no otro ningun animal: y yo digo, que tambien se puede decir, que es animal llorable, animal que llora, y así como por la mucha risa descubre el poco entendimiento, por el mucho llorar, el poco discurso. Por tres cosas es lícito que llore el varon prudente: la una, por haber pecado, la segunda, por alcanzar perdon de él: la tercera por estar zeloso: las demas lágrimas no dicen bien en un rostro grave. Veamos, pues, desmayado á Periandro, ya que no llore de pecador ni arrepentido, llore de zeloso, que no faltará quien disculpe sus lágrimas y aun las enjugue como hizo Auristela, la qual con mas artificio que verdad le puso en aquel estado. Volvió en fin en sí, y sintiendo pasos en la estancia, vol-

vió la cabeza y vió á sus espaldas á Ricla y á Constanza, que entraban á ver á Auristela, que lo tuvo á buena suerte, que á dexarle solo, no hallara palabras con que responder á su señora, y así se fué á pensarlas y á considerar en los consejos que le habia dado. Estaba tambien Sinforosa con deseo de saber qué auto se habia proveido en la audiencia de amor, en la primera vista de su pleyto, y sin duda que fuera la primera que entrara á ver á Auristela y no Ricla y Constanza; pero estorbóselo llegar un recado de su padre el rey, que la mandaba ir á su presencia luego y sin excusa alguna. Obedecióle, fué á verle y hallóle retirado y solo. Hízola Policarpo sentar junto á sí, y al cabo de algun espacio que estuvo callando, con voz baxa, como que se recataba de que no le oyesen, la dixo: hija, puesto que tus pocos años no están obligados á sentir qué cosa sea esto que llaman amor, ni los muchos mios estén ya sujetos á su jurisdiccion, todavía tal vez sale de su curso la naturaleza y se

abrasan las niñas verdes, y se secan y consumen los viejos ancianos. Quando esto oyó Sinforosa, imaginó sin duda que su padre sabia sus deseos; pero con todo eso calló y no quiso interrumpirle hasta que mas se declarase, y en tanto que él se declaraba, á ella le estaba palpitando el corazon en el pecho. Siguió, pues, su padre diciendo: despues, ó hija mia, que me faltó tu madre, me acogí á la sombra de tus regalos, cubríme con tu amparo, gobernéme por tus consejos, y he guardado como has visto, las leyes de la viudez con toda puntualidad y recato, tanto por el crédito de mi persona como por guardar la fe católica que profeso; pero despues que han venido estos nuevos huéspedes á nuestra ciudad, se ha desconcertado el relox de mi entendimiento, se ha turbado el curso de mi buena vida, y finalmente he caido desde la cumbre de mi presuncion discreta hasta el abismo baxo de no se qué deseos, que si los callo me matan, y si los digo me deshonran. No mas suspension,

hija, no mas silencio, amiga, no mas, y si quieres que mas haya, sea el decirte que muero por Auristela: el calor de su hermosura tierna ha encendido los huesos de mi edad madura; en las estrellas de sus ojos han tomado lumbre los mios ya oscuros; la gallardía de su persona ha alentado la floxedad de la mia. Querría, si fuese posible, á tí, y á tu hermana daros una madrasta que su valor disculpe el dárosla. Si tú vienes con mi parecer, no se me dará nada del qué dirán; y quando por esta, si pareciere locura, me quitaren el reyno, reyne yo en los brazos de Auristela, que no habrá monarca en el mundo que se me iguale. Es mi intencion, hija, que tú se lo digas, y alcances de ella el sí que tanto me importa, que, á lo que creo, no se le hará muy dificultoso el darle, si con su discrecion recompensa y contrapone mi autoridad á mis años, y mi riqueza á los suyos. Bueno es ser reyna, bueno es mandar, gusto dan las honras, y no todos los pasatiempos se cifran en los casamientos

iguales. En albricias del sí que me has de traer de esta embaxada que llevas, te mando una mejora en tu suerte; que si eres discreta, como lo eres, no has de acertar á desearla mejor. Mira, quatro cosas ha de procurar tener y sustentar el hombre principal, y son: buena muger, buena casa, buen caballo y buenas armas: las dos primeras, tan obligada está la muger á procurallas como el varon y aun mas, porque no ha de levantar la muger al marido, sino el marido á la muger. Las magestades, las grandezas altas, no las aniquilan los casamientos humildes, porque en casándose igualan consigo á sus mugeres: así que, seáse Auristela quien fuere, que siendo mi esposa será reyna, y su hermano Periandro mi cuñado, el qual dándotelo yo por esposo, y honrándole con título de mi cuñado, vendrás tú tambien á ser estimada, tanto por ser su esposa como por ser mi hija. ¿Pues cómo sabes tú, señor, dixo Sinforosa, que no es Periandro casado, y ya que no lo sea quiera serlo conmigo? De que

no lo sea, respondió el rey, me lo da á entender el verle andar peregrinando por extrañas tierras, cosa que lo estorban los casamientos grandes: de que lo quiera ser tuyo, me lo certifica y asegura su discrecion, que es mucha y caerá en la cuenta de lo que contigo gana: y pues la hermosura de su hermana la hace ser reyna, no será mucho que la tuya le haga tu esposo. Con estas últimas palabras y con esta grande promesa paladeó el rey la esperanza de Sinforosa, y saboreóle el gusto de sus deseos: y así, sin ir contra los de su padre, prometió ser casamentera y admitió las albricias de lo que no tenia negociado: solo le dixo, que mirase lo que hacia en darle por esposo á Periandro, que puesto que sus habilidades acreditaban su valor, todavía sería bueno no arrojarse, sin que primero la experiencia y el trato de algunos dias le asegurase: y diera ella, porque en aquel punto se le diéran por esposo, todo el bien que acertara á desearse en este mundo los siglos que tuviera de vida;

que las doncellas virtuosas y principales, uno dice la lengua y otro piensa el corazon. Esto pasaron Policarpo y su hija, y en otra estancia se movió otra conversacion y plática entre Rutilio y Clodio. Era Clodio, como se ha visto en lo que de su vida y costumbres queda escrito, hombre malicioso sobre discreto, de donde le nacia ser gentil maldiciente; que el tonto y simple, ni sabe murmurar ni maldecir; y aunque no es bien decir bien mal, como ya otra vez se ha dicho, con todo esto alaban al maldiciente discreto, que la agudeza maliciosa no hay conversacion que no la ponga en punto y dé sabor como la sal á los manjares: y por lo ménos al maldiciente agudo, si le vituperan y condenan por perjudicial, no dexan de absolverle y alabarle por discreto. Este, pues, nuestro murmurador, á quien su lengua desterró de su patria en compañía de la torpe y viciosa Rosamunda, habiendo dado igual pena el rey de Inglaterra á su maliciosa lengua, como á la torpeza de Rosamunda, ha-

llándose solo con Rutilio le dixo: mira Rutilio, necio es, y muy necio el que descubriendo un secreto á otro, le pide encarecidamente que le calle, porque le importa la vida en que lo que le dice no se sepa. Digo yo ahora, ven acá, decubridor de tus pensamientos, y derramador de tus secretos, si á tí con importarte la vida, como dices, los descubres al otro á quien se lo dices, que no le importa nada el descubrillos, ¿cómo quieres que los cierre y recoja debaxo de la llave del silencio? ¿Que mayor seguridad puedes tomar de que no se sepa lo que sabes, sino no decillo? Todo esto sé, Rutilio, y con todo esto me salen á la lengua y á la boca ciertos pensamientos que rabian porque los pongan en voz y los arroje en las plazas, ántes que se me pudran en el pecho ó reviente con ellos. Ven acá, Rutilio, ¿qué hace aquí este Arnaldo siguiendo el cuerpo de Auristela, como si fuese su misma sombra, dexando su reyno á la discrecion de su padre viejo y quizá caduco, perdiéndose aquí, ane-

gándose allí, llorando acá, suspirando acullá, lamentándose amargamente de la fortuna que el mismo se fabrica? ¿Qué dirémos de esta Auristela y de este su hermano, mozos vagabundos, encubridores de su linage, quizá por poner en duda si son ó no principales: que el que está ausente de su patria donde nadie le conoce, bien puede darse los padres que quisiere, y con la discrecion y artificio parecer en sus costumbres que son hijos del sol y de la luna? No niego yo que no sea virtud digna de alabanza, mejorarse cada uno; pero ha de ser sin perjuicio de tercero: el honor y la alabanza son premios de la virtud, que siendo firme y sólida se le deben, mas no se le debe á la ficticia y hipócrita. ¿Quien puede ser este luchador, este esgrimador, este corredor y saltador, este Ganimedes, este lindo, este aquí vendido, acullá comprado; este Argos de este ternera de Auristela, que apénas nos la dexa mirar por brúxula, que ni sabemos ni hemos podido saber de este par, tan sin

par en hermosura, de dónde vienen ni á do van; pero lo que mas me fatiga de ellos es, que por los once cielos que dicen que hay te juro, Rutilio, que no me puedo persuadir que sean hermanos; y que puesto que lo sean, no puedo juzgar bien de que ande tan junta esta hermandad por mares, por tierras, por desiertos, por campañas, por hospedages y mesones. Lo que gastan sale de las alforjas, saquillos y repuestos llenos de pedazos de oro de las bárbaras Ricla y Constanza. Bien veo que aquella cruz de diamantes, y aquellas dos perlas que trae Auristela, valen un gran tesoro; pero no son prendas que se cambian y truecan por menudo: pues pensar que siempre han de hallar reyes que los hospeden y príncipes que los favorezcan, es hablar en lo excusado. Pues ¿qué dirémos, Rutilio, ahora de la fantasía de Transila y de la astrología de su padre, ella que revienta de valiente, y él que se precia de ser el mayor judiciario del mundo? Yo apostaré que Ladislao, su esposo de Tran-

sila, tomara ahora estar en su patria, en su casa y en su reposo, aunque pasara por el estatuto y condicion de los de su tierra, y no verse en la agena á la discrecion del que quisiere darles lo que han menester: y este nuestro bárbaro español, en cuya arrogancia debe estar cifrada la valentía del orbe, yo pondré que si el cielo le lleva á su patria, que ha de hacer corrillos de gente, mostrando á su muger y á sus hijos envueltos en sus pellejos, pintando la isla bárbara en un lienzo, y señalando con una vara el lugar do estuvo encerrado quince años, la mazmorra de los prisioneros y la esperanza inútil y ridícula de los bárbaros, y el incendio no pensado de la isla; bien así como hacen los que libres de la esclavitud turquesca con las cadenas al hombro, habiéndolas quitado de los pies, cuentan sus desventuras con lastimeras voces y humildes plegarias en tierra de cristianos; pero esto pase, que aunque parezca que cuentan imposibles, á mayores peligros está sujeta la condi-

cion humana; y los de un desterrado por grandes que sean, pueden ser creederos, ¿Adónde vas á parar, ó Clodio, dixo Rutilio? Voy á parar, respondió Clodio, en decir de tí, que mal podrás usar tu oficio en estas regiones, donde sus moradores no danzan ni tienen otros pasatiempos, sino los que les ofrece baco en sus tazas risueño y en sus bebidas lascivo. Pararé tambien en mí, que habiendo escapado de la muerte por la benignidad del cielo y por la cortesía de Arnaldo, ni al cielo doy gracias, ni á Arnaldo tampoco; ántes querría procurar, que aunque fuese á costa de su desdicha, nosotros enmendásemos nuestra ventura. Entre los pobres pueden durar las amistades, porque la igualdad de la fortuna sirve de eslabonar los corazones; pero entre los ricos y los pobres no puede haber amistad duradera, por la desigualdad que hay entre la riqueza y la pobreza. Filósofo estás, Clodio, replicó Rutilio; pero yo no puedo imaginar qué medio podrémos tomar para mejorar como dices nues-

tra suerte, si ella comenzó á no ser buena desde nuestro nacimiento. Yo no soy tan letrado como tú; pero bien alcanzo, que los que nacen de padres humildes, si no los ayuda demasiadamente el cielo, ellos por sí solos pocas veces se levantan adonde sean señalados con el dedo, si la virtud no les dá la mano; pero á tí ¿quién te la ha de dar si la mayor que tienes es decir mal de la misma virtud? Y á mí ¿quien me ha de levantar, pues quando mas lo procure, no podré subir mas de lo que se alza una cabriola? Yo danzador, tú murmurador: yo condenado á la horca en mi patria, tú desterrado de la tuya por maldiciente, mira qué bien podremos esperar que nos mejore. Suspendióse Clodio con las razones de Rutilio, con cuya suspension dió fin á este capítulo el autor de esta grande historia.

## CAPÍTULO VI.

*Declara Sinforosa á Auristela los amores de su padre.*

Todos tenian con quien comunicar sus pensamientos, Policarpo con su hija y Clodio con Rutilio; solo el suspenso Periandro los comunicaba consigo mismo, que le engendráron tantos las razones de Auristela, que no sabia á qual acudir que le aliviase su pesadumbre. Válgame Dios, ¿que es esto? decia entre sí mismo: ¿ha perdido el juicio Auristela? ¡Ella mi casamentera! ¿Cómo es posible que haya dado al olvido nuestros conciertos? ¿Qué tengo yo que ver con Sinforosa? ¿Qué reynos ni qué riquezas me pueden á mi obligar á que dexe á mi hermana Sigismunda, sino es dexando de ser yo Persiles? En pronunciando esta palabra, se mordió la lengua y miró á todas partes á ver si alguno le escuchaba, y asegurándose que no, prosiguió diciendo: sin duda Au-

ristela está zelosa; que los zelos se engendran entre los que bien se quieren: del ayre que pasa, del sol que toca, y aun de la tierra que se pisa. ¡O señora mia! mira lo que haces, no hagas agravio á tu valor ni á tu belleza, ni me quites á mí la gloria de mis firmes persamientos, cuya honestidad y firmeza me va labrando una inestimable corona de verdadero amante. Hermosa, rica y bien nacida es Sinforosa; pero en tu comparacion es fea, es pobre y de linage humilde. Considera, señora, que el amor nace y se engendra en nuestros pechos, ó por eleccion, ó por destino: el que por destino, siempre está en su punto: el que por eleccion, puede crecer ó menguar, segun pueden menguar ó crecer las causas que nos obligan y mueven á querernos: y siendo esta verdad tan verdad como lo es, hallo que mi amor no tiene términos que le encierren, ni palabras que le declaren: casi puedo decir que desde las mantillas y faxas de mi niñez te quise bien, y aquí pongo yo la razon del destino.

Con la edad y con el uso de la razon fué creciendo en mí el conocimiento, y fuéron creciendo en tí las partes que te hiciéron amable: vílas, contemplélas, conocílas, grabélas en mi alma, y de la tuya y la mia hice un compuesto tan uno y tan solo, que estoy por decir que tendrá mucho que hacer la muerte en dividirle: dexa, pues, bien mio, Sinforosas, no me ofrezcas agenas hermosuras, ni me convides con imperios ni monarquías, ni dexes que suene en mis oídos el dulce nombre de hermano con que me llamas. Todo esto que estoy diciendo entre mí, quisiera decírtelo á tí por los mismos términos con que lo voy fraguando en mi imaginacion; pero no será posible, porque la luz de tus ojos, y mas si me miran airados, ha de turbar mi vista y enmudecer mi lengua: mejor será escribírtelo en un papel, porque las razones serán siempre unas y las podrás ver muchas veces, viendo siempre en ellas una verdad misma, una fe confirmada, y un deseo loable y digno de ser creido, así de-

termino de escribirte. Quietóse con esto algun tanto, pareciéndole que con mas advertido discurso pondria su alma en la pluma que en la lengua. Dexémos escribiendo á Periandro y vamos á oir lo que dice Sinforosa á Auristela; la qual Sinforosa, con deseo de saber lo que Periando habia respondido á Auristela, procuró verse con ella á solas, y darle de camino noticia de la intencion de su padre, creyendo que apénas se la habria declarado, quando alcanzase el sí de su cumplimiento, puesta en pensar que pocas veces se desprecian las riquezas ni los señoríos especialmente de las mugeres, que por naturaleza las mas son codiciosas, como las mas son altivas y soberbias. Quando Auristela vió á Sinforosa, no le plugo mucho su llegada, porque no tenia que responderle por no haber visto mas á Periandro; pero Sinforosa ántes de tratar de su causa, quiso tratar de la de su padre, imaginándose que con aquellas nuevas que á Auristella llevaba tan dignas de dar gusto, la tendria de su

parte, en quien pensaba estar el todo de su buen suceso; y así le dixo: sin duda alguna, bellísima Auristela, que los cielos te quieren bien, porque me parece que quieren llover sobre tí venturas y mas venturas. Mi padre el rey te adora, y conmigo te envia á decir que quiere ser tu esposo, y en albricias del sí que le has de dar y yo se le he de llevar, me ha prometido á Periandro por esposo. Ya, señora, eres reyna, ya Periandro es mio, ya las riquezas te sobran; y si tus gustos en las canas de mi padre no te sobraren, sobrartehan en los de el mando y en los de los vasallos que estarán continuo atentos á tu servicio. Mucho te he dicho, amiga y señora mia, y mucho has de hacer por mí, que de un gran valor no se puede esperar ménos que un grande agradecimiento: comience en nosotras á verse en el mundo dos cuñadas que se quieren bien, y dos amigas que sin doblez se amen, que sí verán si tu discrecion no se olvida de sí misma: y dime ahora, qué es lo que respondió tu

hermano á lo que de mí le dixiste, que estoy confiada de la buena respuesta, porque bien simple seria el que no recibiese tus consejos como de un oráculo. A lo que respondió Auristela: mi hermano Periandro es agradecido como principal caballero y es discreto como andante peregrino: que el ver mucho, y el leer mucho, aviva los ingenios de los hombres. Mis trabajos y los de mi hermano nos van leyendo en quánto debemos estimar el sosiego: y pues que el que nos ofrece es tal, sin duda imagino que le habremos de admitir; pero hasta ahora no me ha respondido nada Periandro, ni sé de su voluntad cosa que pueda alentar tu esperanza ni desmayarla. Da (¡ó bella Sinforosa!) algun tiempo al tiempo, y déxanos considerar el bien de tus promesas, porque puestas en obra sepamos estimarlas. Las obras que no se han de hacer mas de una vez, si se yerran no se pueden enmendar en la segunda, pues no la tienen, y el casamiento es una de estas acciones; y así es menester que se

considere bien ántes que se haga, puesto que los términos de esta consideracion los doy por pasados, y hallo que tu alcanzarás tus deseos, y yo admitiré tus promesas y consejos: y vete hermana y haz llamar de mi parte á Periandro, que quiero saber de él alegres nuevas que decirte, y aconsejarme con él de lo que me conviene, como con hermano mayor, á quien debo tener respeto y obediencia. Abrazóla Sinforosa, y dexóla por hacer venir á Periandro á que la viese, el qual en este tiempo encerrado y solo habia tomado la pluma, y de muchos principios que en un papel borró y tornó á escribir, quitó y añadió, en fin salió con uno, que se dice decia de esta manera.

"No he osado fiar de mi lengua lo que de mi pluma; ni aun de ella fio algo, pues no puede escribir cosa que sea de momento el que por instantes está esperando la muerte. Ahora vengo á conocer que no todos los discretos saben aconsejar en todos los casos: aquellos sí que tienen experiencia en

aquellos sobre quien se les pide el consejo. Perdóname que no admito el tuyo por parecerme, ó que no me conoces, ó que te has olvidado de tí misma. Vuelve, señora, en tí, y no te haga una vana presuncion zelosa salir de los límites de la gravedad y peso de tu raro entendimiento. Considera quién eres, y no te se olvide de quien yo soy, y verás en tí el término del valor que puede desearse, y en mí el amor y la firmeza que puede imaginarse: y fiándote en esta consideracion discreta, no temas que agenas hermosuras me enciendan, ni imagines que á tu incomparable virtud y belleza otra alguna se anteponga. Sigamos nuestro viage, cumplamos nuestro voto y quédense aparte zelos infructuosos y mal nacidas sospechas. La partida de esta tierra solicitaré con toda diligencia y brevedad, porque me parece que en salir de ella saldré del infierno de mi tormento á la gloria de verte sin zelos."

Esto fué lo que escribió Periandro, y lo que dexó en limpio al cabo

de haber hecho seis borradores, y doblando el papel, se fué á ver á Auristela, de cuya parte ya le habian llamado.

## CAPÍTULO VII.

### DIVIDIDO EN DOS PARTES.

*Rutilio enamorado de Policarpa, y Clodio de Auristela, las escriben declarándolas sus amores. Rutilio conoce ser atrevimiento y rompe su papel sin darle; pero Clodio determina dar el suyo.*

Rutilio y Clodio, aquellos dos que querian enmendar su humilde fortuna, confiados el uno de su ingenio y el otro de su poca vergüenza, se imagináron merecedores el uno de Policarpa y el otro de Auristela. A Rutilio le contentó mucho la voz y el donayre de Policarpa, y á Clodio la sin igual belleza de Auristela, y andaban buscando ocasion como descubrir sus pensamientos, sin que les viniese mal por decla-

rarlos, que es bien que tema un hombre baxo y humilde, que se atreve á decir á una muger principal lo que no habia de atreverse á pensarlo siquiera; pero tal vez acontece que la desenvoltura de una poco honesta, aunque principal señora, da motivo á que un hombre humilde y baxo ponga en ella los ojos y le declare sus pensamientos. Ha de ser anexo á la muger principal el ser grave, el ser compuesta y recatada, sin que por esto sea soberbia desabrida y descuidada. Tanto ha de parecer mas humilde y mas grave una muger quanto es mas señora. Pero en estos dos caballeros y nuevos amantes no naciéron sus deseos de las desenvolturas y poca gravedad de sus señoras; pero nazcan de do nacieren, Rutilio, en fin, escribió un papel á Policarpa, y Clodio á Auristela, del tenor que se sigue.

*Rutilio á Policarpa.*

"Señora, yo soy extrangero, y aunque te diga grandezas de mi linage, co-

mo no tengo testigos que las confirmen, quizá no hallarán crédito en tu pecho; aunque para confirmacion de que soy ilustre en linage, basta que he tenido atrevimiento de decirte que te adoro. Mira qué pruebas quieres que haga para confirmarte en esta verdad, que á tí estará el pedirlas y á mí el hacerlas: y pues te quiero para esposa, imagina que deseo como quien soy, y que merezco como deseo, que de altos espíritus es aspirar á las cosas altas. Dame siquiera con los ojos respuesta de este papel, que en la blandura, ó rigor de tu vista veré la sentencia de mi muerte ó de mi vida."

Cerró el papel Rutilio con intencion de dársele á Policarpa, arrimándose al parecer de los que dicen: díselo tú una vez, que no faltará quien se lo acuerde ciento. Mostróselo primero á Clodio, y Clodio le mostró á él otro que para Auristela tenia escrito, que es este que se sigue.

*Clodio á Auristela.*

"Unos entran en la red amorosa con el cebo de la hermosura, otros con los del donayre y gentileza, otros con los del valor que consideran en la persona á quien determinan rendir su voluntad; pero yo por diferente manera he puesto mi garganta á su yugo, mi cerviz á su coyunda, mi voluntad á sus fueros y mis pies á sus grillos, que ha sido por la de la lástima: que ¿quál es el corazon de piedra que no la tendrá, hermosa señora, de verte vendida y comprada, y en tan estrechos pasos puesta, que has llegado al último de la vida por momentos? El hierro y despiadado acero ha amenazado tu garganta, el fuego ha abrasado las ropas de tus vestidos, la nieve tal vez te ha tenido yerta, y la hambre enflaquecida y de amarilla tez cubiertas las rosas de tus mexillas: y finalmente el agua te ha sorbido y vomitado, y estos trabajos no sé con que fuerzas los llevas, pues no te

las pueden dar las pocas de un rey vagabundo, y que te sigue por solo el interes de gozarte: ni las de tu hermano, si lo es, son tantas, que te puedan alentar en tus miserias. No fies, señora, de promesas remotas, y arrímate á las esperanzas propinquas, y escoge un modo de vida que te asegure la que el cielo quisiere darte. Mozo soy, habilidad tengo para saber vivir en los últimos rincones de la tierra: yo daré traza como sacarte de esta, y librarte de las importunaciones de Arnaldo, y sacándote de este egipto te llevaré á la tierra de promision, que es España, ó Francia, ó Italia, ya que no puedo vivir en Inglaterra, dulce y amada patria mia: y sobre todo me ofrezco á ser tu esposo, y desde luego te acepto por mi esposa."

Habiendo oido Rutilio el papel de Clodio, dixo: verdaderamente nosotros estamos faltos de juicio, pues nos queremos persuadir, que podemos subir al cielo sin alas, pues las que nos da nuestra pretension, son las de la

hormiga. Mira, Clodio, yo soy de parecer que rasguemos estos papeles, pues no nos ha forzado á escribirlos ninguna fuerza amorosa, sino una ociosa y baldía voluntad: porque el amor, ni nace, ni puede crecer sino con el arrimo de la esperanza, y faltando ella, falta él de todo punto: pues ¿por qué queremos aventurarnos á perder y no á ganar en esta empresa, que el declararla y el ver á nuestras gargantas arrimado el cordel ó el cuchillo, ha de ser todo uno? demas, que por mostrarnos enamorados habremos de parecer sobre desagradecidos traydores. Tú no ves la distancia que hay de un maestro de danzar, que enmendó su oficio con aprender el de platero, á una hija de un rey? ¿Y la que hay de un desterrado murmurador á la que desecha y menosprecia reynos? Mordámonos la lengua y llegue nuestro arrepentimiento á do ha llegado nuestra necedad; á lo ménos este mi papel se dará primero al fuego ó al viento que á Policarpa. Haz tú lo que quisieres del tu-

yo, respondió Clodio, que el mio, aunque no le dé á Auristela, le pienso guardar por honra de mi ingenio, aunque temo que si no se le doy, toda la vida me ha de morder la conciencia de haber tenido este arrepentimiento, porque el tentar no todas las veces daña. Estas razones pasáron entre los dos fingidos amantes y atrevidos y necios de veras. Llegóse, en fin, el punto de hablar á solas Periandro con Auristela, y entró á verla con intencion de darle el papel que habia escrito; pero así como la vió, olvidándose de todos los discursos y disculpas que llevaba prevenidas, le dixo: señora, mírame bien, que yo soy Periandro, que fuí el que fué Persiles, y soy el que tú quieres que sea Periandro. El ñudo con que están atadas nuestras voluntades, nadie le puede desatar sino la muerte: y siendo esto así, ¿de que te sirve darme consejos tan contrarios á esta verdad? Por todos los cielos y por tí misma, mas hermosa que ellos, te ruego que no nombres mas á Sinforosa, ni imagines qne

su belleza, ni sus tesoros han de ser parte á que yo olvide las minas de tus virtudes y la hermosura incomparable tuya, así del cuerpo como del alma. Esta mia, que respira por la tuya, te ofrezco de nuevo, no con mayores ventajas que aquellas con que te la ofrecí la vez primera que mis ojos te viéron, porque no hay cláusula que añadir á la obligacion en que quedé de servirte al punto que en mis potencias se imprimió el conocimiento de tus virtudes. Procura, señora, tener salud, que yo procuraré la salida de esta tierra, y dispondré lo mejor que pudiere nuestro viage; que aunque Roma es el cielo de la tierra, no está puesta en el cielo, y no habrá trabajos ni peligros que nos nieguen del todo el llegar á ella, puesto que los haya para dilatar el camino. Tente al tronco y á las ramas de tu mucho valor, y no imagines que ha de haber en el mundo quien se le oponga. En tanto que Periandro esto decia, le estaba mirando Auristela con ojos tiernos y con lágrimas de zelos y compasion na-

cidas; pero en fin haciendo efecto en su alma las amorosas razones de Periandro, dió lugar á la verdad que en ellas venia encerrada, y respondióles seis ú ocho palabras, que fuéron: sin hacerme fuerza, dulce amado, te creo, y confiada te pido que con brevedad salgamos de esta tierra, que en otra quizá convaleceré de la enfermedad zelosa que en este lecho me tiene. Si yo hubiera dado, señora, respondió Periandro, alguna ocasion á tu enfermedad, llevara con paciencia tus quejas, y en mis disculpas hallaras tú el remedio de tus lástimas; pero como no te he ofendido, no tengo de que disculparme. Por quien eres, te suplico, que alegres los corazones de los que te conocen, y sea brevemente, pues faltando la ocasion de tu enfermedad, no hay para que nos mates con ella. Pondré en efecto lo que me mandas, saldremos de esta tierra con la brevedad posible. Sabes quanto te importa, Periandro, respondió Auristela, pues has de saber que me van lisonjeando promesas y apretando dá-

divas, y no como quiera, que por lo ménos me ofrecen este reyno. Policarpo el rey quiere ser mi esposo, háme-lo enviado á decir con Sinforosa su hija, y ella con el favor que piensa tener en mí siendo su madrasta, quiere que seas su esposo. Si esto puede ser, tú lo sabes, y si estamos en peligro considéralo, y conforme á esto aconséjate con tu discrecion, y busca el remedio que nuestra necesidad pide, y perdóname, que la fuerza de las sospechas han sido las que me han forzado á ofenderte; pero estos yerros fácilmente los perdona el amor. De él se dice, replicó Periandro, que no puede estar sin zelos, los quales quando de débiles y flacas ocasiones nacen, le hacen crecer sirviendo de espuelas á la voluntad que de puro confiada se entibia, ó á lo ménos parece que se desmaya: y por lo que debes á tu buen entendimiento te ruego que de aquí adelante me mires, no con mejores ojos, pues no los puede haber en el mundo tales como los tuyos, sino con voluntad mas llana

y ménos puntosa : no levantando algun descuido mio, mas pequeño que un grano de mostaza, á ser monte que llegue á los cielos llegando á los zelos, y en lo demas con tu buen juicio entreten al rey y á Sinforosa, que no la ofenderás en fingir palabras que se encaminan á conseguir buenos deseos; y queda en paz, no engendre en algun mal pecho alguna mala sospecha nuestra larga plática. Con esto la dexó Periandro, y al salir de la estancia encontró con Clodio y Rutilio: Rutilio acabando de romper el papel que habia escrito á Policarpa, y Clodio doblando el suyo para ponérselo en el seno. Rutilio arrepentido de su loco pensamiento, y Clodio satisfecho de su habilidad y ufano de su atrevimiento; pero andará el tiempo, y llegará el punto donde diera él por no haberle escrito la mitad de la vida, si es que las vidas pueden partirse.

# SEGUNDA PARTE

## DEL CAPITULO VII.

*De lo que pasó entre Sinforosa y Auristela. Resuelven todos los forasteros salir luego de la isla.*

Andaba el rey Policarpo alborozado con sus amorosos pensamientos, y deseoso ademas de saber la resolucion de Auristela, tan confiado y tan seguro que habia de corresponder á lo que deseaba, que ya consigo mismo trazaba las bodas, concertaba las fiestas, inventaba las galas, y aun hacia mercedes en esperanza del venidero matrimonio; pero entre todos estos desinios no tomaba el pulso á su edad, ni igualaba con discrecion la disparidad que hay de diez y siete años á setenta, y quando fueran sesenta, es tambien grande la distancia. Así halagan y lisonjean los lascivos deseos las voluntades: así engañan los gustos imaginados á los grandes en-

tendimientos: así tiran y llevan tras sí las blandas imaginaciones á los que no resisten en los encuentros amorosos. Con diferentes pensamientos estaba Sinforosa, que no se aseguraba de su suerte, por ser cosa natural que quien mucho desea mucho teme, y las cosas que podian poner alas á su esperanza, como eran su valor, su linage y hermosura, esas mismas se las cortaban, por ser propio de los amantes rendidos pensar siempre que no tienen partes que merezcan ser amadas de los que bien quieren. Andan el amor y el temor tan apareados, que á do quiera que volvais la cara los vereis juntos: y no es soberbio el amor, como algunos dicen, sino humilde, agradable y manso; y tanto, que suele perder de su derecho por no dar á quien bien quiere pesadumbre; y mas, que como todo amante tiene en sumo precio y estima la cosa que ama, huye de que de su parte nazca alguna ocasion de perderla. Todo esto, con mejores discursos que su padre, consideraba la bella Sinforosa, y

entre temor y esperanza puesta, fué á ver á Auristela, y á saber de ella lo que esperaba y temia. En fin se vió Sinforosa con Auristela, y sola, que era lo que ella mas deseaba, y era tanto el deseo que tenia de saber las nuevas de su buena ó mala andanza, que así como entró á verla, sin que la hablase palabra se la puso á mirar ahincadamente, por ver si en los movimientos de su rostro le daba señales de su vida ó muerte. Entendióla Auristela, y á media risa (quiero decir con muestras alegres) le dixo: Llegaos, señora, que á la raiz del árbol de vuestra esperanza no ha puesto el temor segur para cortar: bien es verdad que vuestro bien y el mio se han de dilatar algun tanto; pero en fin llegarán, porque aunque hay inconvenientes que suelen impedir el cumplimiento de los justos deseos, no por eso ha de tener la desesperacion fuerzas para no esperalle. Mi hermano dice que el conocimiento que tiene de tu valor y hermosura no solamente le obliga, pero que le fuerza á

quererte, y tiene á bien, y á merced particular la que le haces en querer ser suya; pero ántes que venga á tan dichosa posesion ha menester defraudar las esperanzas que el príncipe Arnaldo tiene de que yo he de ser su esposa; y sin duda lo fuera yo, si el serlo tú de mi hermano no lo estorbara: que has de saber hermana mia, que así puedo yo vivir sin Periandro como puede vivir un cuerpo sin alma; allí tengo de vivir donde él viviere; él es el espíritu que me mueve y el alma que me anima; y siendo esto así, si él se casa en esta tierra contigo, ¿cómo podré yo vivir en la de Arnaldo en ausencia de mi hermano? Para excusar este desman que me amenaza, ordena que nos vamos con él á su reyno, desde el qual le pedirémos licencia para ir á Roma á cumplir un voto, cuyo cumplimiento nos sacó de nuestra tierra, y está claro (como la experiencia me lo ha mostrado) que no ha de salir un punto de mi voluntad. Puestos pues en nuestra libertad, fácil cosa será dar

la vuelta á esta isla, donde burlando sus esperanzas veamos el fin de las nuestras, yo casándome con tu padre, y mi hermano contigo. A lo que respondió Sinforosa: no sé, hermana, con qué palabras podré encarecer la merced que me has hecho con las que me has dicho, y así la dexaré en su punto, porque no sé como explicarlo; pero esto que ahora decirte quiero. recíbelo ántes por advertimiento que por consejo. Ahora estás en esta tierra y en poder de mi padre, que te podrá y querrá defender de todo el mundo, y no será bien que ponga en contingencia la seguridad de tu posesion. No le ha de ser posible á Arnaldo llevaros por fuerza á tí y á tu hermano, y hále de ser forzoso, si no querer, á lo ménos consentir lo que mi padre quisiere, que le tiene en su reyno y en su casa. Asegúrame tú, ó hermana, que tienes voluntad de ser mi señora siendo esposa de mi padre, y que tu hermano no se ha de desdeñar de ser mi señor y esposo, que yo te daré llanas todas las di-

ficultades é inconvenientes que para llegar á este efecto pueda poner Arnaldo. A lo que respondió Auristela: los varones prudentes, por los casos pasados y por los presentes juzgan los que estan por venir. A hacernos fuerza pública ó secreta tu padre en nuestra detencion, ha de irritar y despertar la cólera de Arnaldo, que en fin es rey poderoso: á lo ménos lo es mas que tu padre, y los reyes burlados y engañados, fácilmente se acomodan á vengarse; y así, en lugar de haber recibido con nuestro parentesco gusto, recibiríades daño, trayéndoos la guerra á vuestras mismas casas. Y si dixeres que este temor se ha de tener siempre, hora nos quedemos aquí, hora volvamos despues, considerando que nunca los cielos aprietan tanto los males que no dexen alguna luz con que se descubra la de su remedio, soy de parecer que nos vamos con Arnaldo, y que tú misma con tu discrecion y aviso solicites nuestra partida, que en esto solicitarás y abreviarás nuestra vuelta: y aquí, si no en

reynos tan grandes como los de Arnaldo, á lo ménos en paz mas segura gozaré yo de la prudencia de tu padre, y tú de la gentileza y bondad de mi hermano, sin que se dividan ni aparten nuestras almas. Oyendo las quales razones Sinforosa, loca de contenta se abalanzó á Auristela y la echó los brazos al cuello, midiéndole la boca y los ojos con sus hermosos labios. En esto viéron entrar por la sala á los dos al parecer bárbaros, padre y hijo, y á Ricla y Constanza, y luego tras ellos entráron Mauricio, Ladislao y Transila, deseosos de ver y hablar á Auristela, y saber en qué punto estaba su enfermedad, que los tenia á ellos sin salud. Despidióse Sinforosa mas alegre, y mas engañada que quando habia entrado, que los corazones enamorados creen con mucha facilidad aun las sombras de las promesas de su gusto. El anciano Mauricio, despues de haber pasado con Auristela las ordinarias preguntas y respuestas que suelen pasar entre los enfermos y los que los visitan, dixo: si los

pobres, aunque mendígos, suelen llevar con pesadumbre el verse desterrados ó ausentes de su patria, donde no dexáron sino los terrones que los sustentaban, ¿qué sentirán los ausentes que dexáron en su tierra los bienes que de la fortuna pudieran prometerse? Digo esto, señora, porque mi edad, que con presurosos pasos me va acercando al último fin, me hace desear verme en mi patria, adonde mis amigos, mis parientes y mis hijos me cierren los ojos, y me den el último vale. Este bien y merced conseguirémos todos quantos aquí estamos, pues todos somos extrangeros y ausentes, y todos á lo que creo tenemos en nuestras patrias lo que no hallarémos en las agenas. Si tú, señora, quisieres solicitar nuestra partida, ó á lo ménos teniendo por bien que nosotros la procuremos, puesto que no será posible el dexarte, porque tu generosa condicion y rara hermosura, acompañada de la discrecion que admira, es la piedra iman de nuestras voluntades; á lo ménos, dixo á